

Fracaso

El éxito del fracaso

Mariano Ibeas

¿Qué sentido tiene la farsa de Enric Marco, protagonista de la novela, *El impostor*, de Javier Cercas?

*Una vez más erraste, el Fracaso
sólo no tiene límites —tú sí.*

Leopoldo María Panero, *Narciso en el acorde último de las flautas*. Ed. Huerga & Fierro

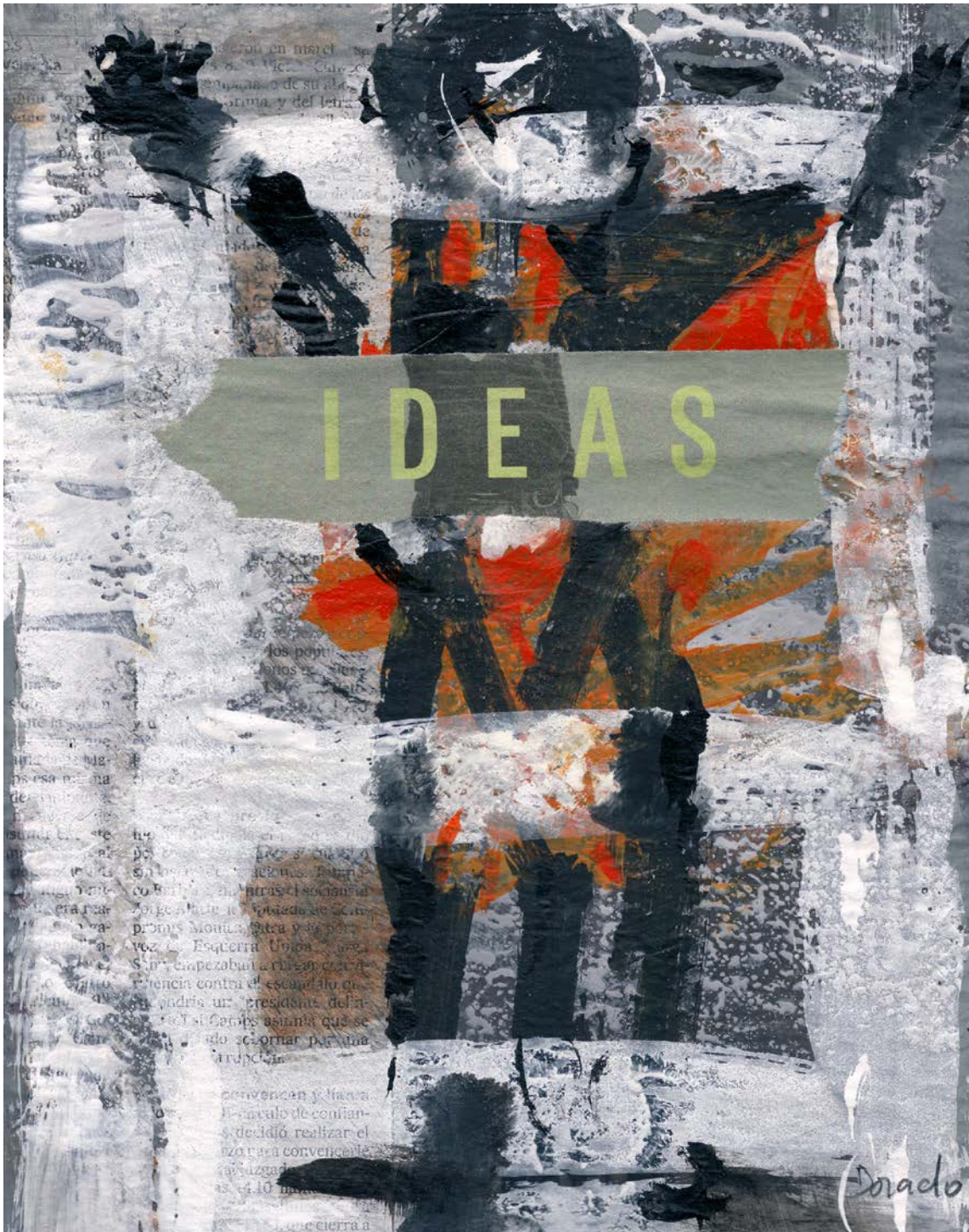


ILUSTRACIÓN: Ideas. Julia Dorado

Javier Cercas en un libro reciente: *El impostor*, recrea la historia de Enric Marco, un nonagenario en la actualidad, que durante más de treinta años se hizo pasar por una víctima de los campos de exterminio nazis, un auténtico superviviente del Holocausto y acabó siendo víctima y devorado por él. Siguiendo una larga tradición de farsantes de la historia, Marco se inventó su propio personaje; durante casi treinta años se hizo pasar por superviviente del campo nazi de Flossenbürg, hasta que fue desmascarado en mayo de 2005 por “un oscuro historiador” llamado Benito Bermejo.

“El impostor de *El Impostor*” De El País, 17 Noviembre 2014 (*)

Una cita de Leopoldo María Panero, un texto periodístico del novelista Javier Cercas sobre su novela reciente, una entrevista a varios cineastas españoles que acaban de estrenar “con éxito” sus películas... y ¿por qué no?— como dice Boyero— la historia del pequeño y fascinante Nicolás, de su ingenio y su audacia dadaístas utilizando el universo de la política, de ese permanente teatro de la impostura, la mentira y la rapiña.

¿Y qué puedo hacer yo con estos mimbres?

No hay que olvidar que la idea de éxito remite también al fracaso como uno de los miedos de gato escaldado de los que hay que huir.

Mientras escribo estas líneas, en los medios de comunicación se prodigan los ejemplos de las miserias, los sentimientos de culpa, los fantasmas creados, los demonios familiares o los cadáveres encerrados en el armario a los que es preciso sobrevivir o sufrirlos con paciencia en soledad. Todos ocultamos algo y es difícil hacerse transparente, manifestarse, construirse una identidad, ser otro, sin traicionarnos a nosotros mismos o engañar a los demás. Algunos van un poco más lejos y son capaces de construirse una historia y una vida nueva partiendo de cero o casi, y esto ocurre tanto en la ficción como en la vida real.

Pues bien, intentaré en lo posible ceñirme al tema y al espíritu de la revista y aunque sea por deformación profesional lo haré a través del comentario de texto. Y sobre todo intentaré responder a una pregunta, la misma que sobre el éxito realiza el periodista a los cuatro cineastas: ¿Qué es el éxito? Y ¿Cómo se construye la propia identidad?

Alberto Rodríguez: “¿Qué es el éxito? El éxito en general lo es. El éxito es sobrevivir y poder hacer la película siguiente”.

Santiago Segura: “Si la fórmula del éxito existe, yo no la conozco”.

Daniel Monzón: “No sé dónde está el éxito. Nadie sabe nada”.

Buscando respuesta comentaré el texto de Javier Cercas.

¿Qué es lo que lleva a un hombre normal, con una historia anodina a crearse un personaje, o mejor una personalidad y exhibirse bajo los focos con una sarta de mentiras que terminan arruinando al impostor y destruyendo a la víctima de sí mismo como una estatua de pies de barro?

“ No hay detrás de la farsa un interés económico y puede decirse que Enric no hacía mal a nadie, que su delito consistía en crearse su personaje y ejercerlo con solvencia. ”

Porque si se intenta indagar en las motivaciones no avanzamos gran cosa. No hay detrás de la farsa un interés económico y puede decirse que Enric no hacía mal a nadie, que su delito consistía en crearse su personaje y ejercerlo con solvencia. No otra cosa realizan los actores en el escenario, con la diferencia de que, en este caso, la farsa se realizaba, por decirlo de algún modo, en vivo y en directo, “*coram populo*”, sin límite para las reglas y las convenciones básicas del teatro: ficción en el tiem-

po y el espacio, unidad en el tema, la acción, el ritmo, los personajes, el lenguaje adecuado, la verosimilitud, etc., etc.

Porque es cuestión de fe. De hacer creíble una realidad, o mejor, de crear una realidad más firme que la vida real. Y vamos con más preguntas, ¿el héroe nace o se hace? Porque dice el autor que “mientras la llevaba a cabo descubrí muchas cosas, pero sobre todo una, y es que los buenos mentirosos no solo trafican con mentiras, sino también con verdades, y que las grandes mentiras se fabrican con pequeñas verdades”.

Para ser creíble, el impostor debe comenzar a creer en sí mismo y en su capacidad de volar, no de otro modo se han construido los grandes éxitos... y los grandes fracasos.

Y no digamos ya si pensamos en los nuevos medios y en las redes sociales, en los mundos virtuales en los que los nuevos “impostores” construyen ante los demás su propia identidad. Con las redes nos hemos convertido en biógrafos compulsivos de nosotros mismos, desde las pantallas de un teléfono móvil, al gorjeo en la rama de los “*twits*”, los delirios de grandeza en el “Facebook” o las páginas de las bitácoras, cuadernos, muros o mundos del universo digital en los que la verdad y la mentira conviven con idéntico desparpajo.

Cercas dice que en sus novelas no solo se cuenta una historia, sino que además se cuenta el cómo, el por qué se cuenta, tienen que ver con el proceso, con la sala de máquinas, con la cocina del escritor, un proceso a veces tortuoso y complicado que en este caso le ha llevado casi diez años de elaboración: “novelas de aventuras sobre la aventura de escribir novelas” y compara el proceso con un largo embarazo y un doloroso parto en el que nadie sale indemne, ni siquiera el lector.

El impostor cuenta de entrada su historia: su falsa historia, por supuesto, la historia heroica y sentimental que inventó a lo largo de toda su vida para ocultar su historia

verdadera, y de la que su estancia ficticia en un campo nazi es solo una pequeña parte; pero también cuenta o trata de contar su historia verdadera, tremenda y prosaica —desde su nacimiento a principios de los años veinte en el manicomio de Sant Boi de Llobregat, hijo de una madre maltratada, abandonada y esquizofrénica, hasta su vejez actual de casi centenario y superviviente de su propia leyenda— .

“Nadie quiere presentarse ante la historia como “hombre demediado” y, menos aún, como fracasado.”

Es como si a la hora de abordar la realidad hubiera que atacarla desde distintos ángulos. Es como si se tratara de sobrevivir en otro, de salir de forma dramática de la soledad, de la inmediatez o el marasmo de la vida diaria, de aflorar al exterior mediante una catarsis que vale una redención de sí mismo y una razón poderosa con la que responder al ¿por qué vivir o haber vivido?

Una persona y también un personaje no se acaban en un plano, son el resultado de múltiples facetas, de muchas motivaciones, intereses, obsesiones, anhelos, deseos, aspiraciones, ilusiones, sueños, experiencias, éxitos y fracasos que hacen valiosa la vida por la riqueza de sus facetas, como si se tratase de un diamante tallado, que aumenta su valor por la luminosidad que le otorgan esos pla-

nos diferentes. Una biografía no se escribe solo desde un ángulo, siquiera sea este el más objetivo posible. Tampoco en la novela moderna se cuenta desde un solo punto de vista. Esta lección que nos enseñó Cervantes, ha sido largamente seguida y practicada en las épocas siguientes. Y el autor se pregunta por las razones y por el hecho de escribir e incluso por las nuevas formas de la novela contemporánea: “como un banquete con muchos platos, como un menú degustación o un gran cocido donde son bienvenidos toda clase de platos o ingredientes: la historia, el ensayo, la crónica, la biografía, la autobiografía”, preguntarse por el porqué es dar cuenta también de las pasiones, las pulsiones, los sentimientos, los deseos... un conflicto o un conjunto de pasiones en un lugar y en un momento determinados; en fin, como decía Jules Romains: “*Je veux l’homme et le vuex tout entier*”.

Nadie quiere presentarse ante la historia como “hombre demediado” y, menos aún, como fracasado, cuando el éxito y el fracaso penden de un hilo, ya le llamemos suerte o azar, o le demos un contenido mágico, religioso, o social. No echaremos mano de manidos refranes para ilustrarlo; las trompetas de la fama que nos preceden pronto apagan sus ecos: “*trompettes de la renommée, vous êtes bien mal embouchées*” (*Georges Brassens*), la leyenda de la lápida desaparece a la tercera generación, la estatua del prócer que ocupa el centro de la plaza es “desplazada” de su lugar y encerrada en un almacén oscuro mientras se coloca una nueva surgida con la revolución, la revisión

de la memoria histórica o la nueva legislatura; la cresta de la ola solo es un momento en el vaivén de las mareas..., Los clásicos nos ofrecen en el teatro ejemplos para todos los gustos, el arte del “*sic transit*” cubre las paredes de los museos, los nombres de los reyes, los santos, los políticos, los héroes, desfilan por la historia como las piedras en el fondo del torrente y cuando no queda otra salida buscamos “perdidos paraísos”, salvaciones, refugios artificiales, clavos ardiendo... un asidero suficiente como para agarrarse a él y seguir viviendo. Y si no existe nos lo fabricamos a medida.

“Lo más extraordinario de Enric Marco es que se trata de un hombre radicalmente normal y a la vez radicalmente excepcional” —dice Cercas— y en esta normalidad radica precisamente el misterio, un misterio que el autor no siempre puede desentrañar, puede dar algunas claves, pero es el lector en definitiva quien debe resolverlo. “El libro trata del hecho incontestable de que todos representamos un papel, de que, igual que actores en un escenario, todos somos y no somos lo que somos, de que todos, de algún modo, somos Enric Marco”.

Y mejor que yo lo explica Javier Cercas, por lo tanto, no me queda sino recomendar la lectura de esta historia que “no es la de Enric Marco sino de quienes la lean, hipócritas lectores, mis semejantes, hermanos míos, y también de quienes no la lean. El verdadero impostor de *El impostor* no es Enric Marco: es usted”

NOTAS: (*)

<http://elpais.com/elpais/2014/11/14/eps/1415995062—204806.html>

<http://elpais.com/elpais/2014/11/14/eps/1415995062—204806.html>

<http://cultura.elpais.com/cultura/2014/10/17/actualidad/1413573809—240688.html>

<http://cultura.elpais.com/cultura/2014/10/18/actualidad/1413644052—858753.html>